

Un país atrasado
León Trotsky
18 de noviembre de 1912

(Versión al castellano desde “Un pays arriéré”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 268-271; también para las notas. Publicado *Kievskaja Mysl'*, número 320, 18 de noviembre de 1912.)

Vale la pena visitar Bulgaria, aunque sólo sea para comprobar la relatividad de nuestras convicciones políticas. Formalmente, aquí reina la democracia. La soberanía pertenece al pueblo, que elige al parlamento por sufragio universal, y el gobierno responde de todos sus actos ante el parlamento. Sin embargo, si observamos de cerca el mecanismo de gobierno de la democracia búlgara, podemos detectar fácilmente algunas de las características esenciales del absolutismo. Cuando tuve la oportunidad de visitar Sofía hace tres años¹, el partido democrático estaba en el poder, tras haber suplantado al partido stambulovista en 1908². El relevo se produjo de la siguiente manera: la Asamblea Popular de 175 diputados estaba formada por 150 estambulovistas y media docena de demócratas. En las sucesivas elecciones organizadas por el gobierno demócrata, los estambulovistas fueron derrotados y ni siquiera sus dirigentes consiguieron entrar en el parlamento. El partido demócrata obtuvo 166 escaños.

En la primavera de 1911, el rey Fernando nombró un gobierno de coalición formado por representantes del partido popular y del partido liberal-progresista (tzankovista)³. En las últimas elecciones, el partido popular había obtenido tres escaños en la Asamblea Nacional elegida democráticamente y los tzankovistas sólo uno. El gobierno de coalición, dirigido por Gešov, disolvió la asamblea y convocó nuevas elecciones. El resultado fue que 80 miembros del partido popular y 79 tzankovistas entraron triunfalmente en el parlamento. Los demócratas, que hasta entonces habían ostentado la mayoría, quedaron reducidos a cuatro, casi todos ellos antiguos ministros. Los demócratas habían sufrido el mismo destino infligido a los estambulovistas tres años antes, ya que estos últimos habían derrotado a su vez en 1903 a los entonces amos de entonces, los tzankovistas. Y así sucesivamente... Estos desastres parlamentarios son la única constante de la política búlgara.

Formalmente, las cosas funcionan así: el pueblo elige a los diputados que, a su vez, expresan la voluntad popular soberana. Los ministros ejecutan esta voluntad. El príncipe, en aplicación del famoso principio inglés, reina, pero no gobierna. Sin embargo, si vamos al corazón de esta formalidad democrática y penetramos en el tejido mismo de la vida política, las cosas son diametralmente opuestas. El príncipe llama al poder al grupo que, en su opinión, responde a la necesidad del momento. Invariablemente, este grupo da la mayoría a su propio partido mediante elecciones *democráticas*. La nueva mayoría parlamentaria apoya al gobierno que la instala, que pertenece al grupo político llamado al poder por el príncipe. Parece claro que la voluntad personal del príncipe juega un enorme papel en este mecanismo de gobierno. Frente a esta voluntad, las formas constitucionales democráticas no son ni una limitación ni un obstáculo, sino un aparato flexible y obediente. El gobierno, que debe rendir cuentas al parlamento, es también el artífice de la mayoría parlamentaria, del mismo modo que el príncipe, que debería gobernar pero no gobernar, es al mismo tiempo el artífice del gobierno.

Los monárquicos de más alto nivel sostienen que el soberano se limita a anticipar la voluntad popular, es decir, que su actuación es consecuencia de una premonición política. Estaría poniendo en práctica sus propias opciones políticas al prever los acontecimientos.

Los adversarios, por el contrario, afirman que el príncipe no anticipa la voluntad del pueblo, sino que la predetermina. En otras palabras, la modela según sus opciones personales, sirviéndose del aparato del estado o del ejército de funcionarios del estado.

Es evidente que la primera interpretación no puede tomarse en consideración. Si fuera tan fácil anticipar con exactitud la voluntad del pueblo, ¿qué sentido tendría el complejo mecanismo parlamentario? Sería mucho más sencillo recurrir a la *premonición* mística, prerrogativa del absolutismo en estado puro. Pero incluso la segunda interpretación es totalmente inadecuada. Reduce la vida política del país, la lucha y la alternancia de los partidos políticos a lo largo de las tres últimas décadas, o al menos durante los veinticinco años de reinado del rey Fernando, a caprichos personales y maquinaciones policiales, lo cual es cuanto menos improbable.

En cambio, si analizamos el funcionamiento interno de este proceso, la lucha y la alternancia de los partidos políticos aparecen bajo una luz diferente.

En Bulgaria hay no menos de diez partidos políticos. Dejando aparte al partido socialdemócrata, dividido en dos fracciones, buscar diferencias de principio en la práctica política de los demás partidos es totalmente inútil, sobre todo en los últimos diez años. Esto se debe a dos razones inseparables: el atraso del desarrollo histórico búlgaro y el bajo nivel de diferenciación social.

Como todos los países atrasados, Bulgaria es incapaz de crear nuevas formas políticas y culturales mediante una dialéctica interna libre. Se ve obligada a asimilar la producción cultural dominante, es decir, la desarrollada por la civilización europea. Sea cual sea la voluntad de un determinado grupo de dirigentes, Bulgaria necesita urgentemente construir líneas de ferrocarril, puentes y viaductos, y rearmar sus tropas. Todo ello requiere préstamos. Una contabilidad adecuada requiere instituciones parlamentarias, lo que equivale a imitar las formas políticas europeas; hay que fomentar la proletarización de la población, lo que a su vez conduce a la introducción de legislación social, etc. El fenómeno es idéntico en otros ámbitos. El fenómeno es idéntico en otros ámbitos. Al carecer de tradición, la literatura búlgara no ha tenido continuidad intrínseca. Ha tenido que adaptar artificialmente su contenido, que aún no ha alcanzado la madurez, a formas modernas y contemporáneas creadas por culturas nacidas en otras latitudes.

Naturalmente, la evolución de los países cuyo desarrollo es más antiguo viene determinada por condiciones objetivas, tanto en el contenido como en la forma. Sin embargo, en este caso, el condicionamiento histórico es interno y se manifiesta en el *libre* juego de fuerzas nacionales, clases, partidos, grupos e individuos que crean formas siempre nuevas utilizando el material cultural heredado.

En el caso de los países atrasados, el cambio de formas políticas y culturales no está condicionado por la libre lógica del desarrollo interno, sino por la presión externa directa. Ésta se manifiesta de diversas formas, que van desde la imponderable influencia de las ideas, producida por las diferencias de nivel cultural, hasta las medidas de coerción armada.

En su recorrido histórico, un país atrasado puede compararse a una barcaza remolcada por un buque de vapor, en lugar de a un barco que se abre paso entre las olas. El capitán del barco elige la ruta, mientras que el de la barcaza está atado de pies y manos.

Los ministros del gobierno búlgaro (y los partidos que los apoyan), aunque difieran en cuanto a programas, tradiciones y cualidades personales, se encuentran, en

todos los casos, en las condiciones del capitán de la barcaza remolcada por el vapor europeo mediante un grueso cable a lo largo de una ruta predeterminada.

En sus artículos sobre la cuestión balcánica, escritos hace sesenta años, Marx predijo que la influencia política ejercida por Rusia sobre los eslavos de los Balcanes, por razones de afinidad racial, sería gradualmente suprimida por la acción irresistible de la cultura europea.

“De hecho, puede decirse que, cuanto más se ha consolidado Serbia y la nacionalidad serbia, más se ha relegado a un segundo plano la influencia directa de Rusia sobre los eslavos turcos; porque Serbia, para mantener su posición diferenciada como estado cristiano, se ha visto obligada a tomar prestadas del oeste de Europa sus instituciones políticas, sus escuelas, sus conocimientos científicos, sus aparatos industriales; y así se explica la anomalía de que, a pesar de la protección rusa, Serbia, desde su emancipación, haya formado una monarquía constitucional.”⁴

Esta cita es aún más aplicable a Bulgaria. La dependencia de la política exterior va unida a la falta de independencia cultural, y ello no es consecuencia de la pertenencia a una misma raza, sino de la debilidad del país. En su lucha por desempeñar un papel en los Balcanes, Bulgaria, como *pequeña* potencia, ha tenido que adaptar su política a la de una u otra gran potencia. La independencia de la política exterior búlgara ha consistido esencialmente en maniobrar constantemente entre los intereses y apetitos antagónicos de dichas potencias. Seguir una política rusófila en lugar de austrófila, tender la mano amiga a Turquía o la mano blandiendo la espada, solicitar equipamientos a Alemania o a Francia, préstamos a los Rothschild de París o a los de Viena: éstas son las razones que, en esencia, han llevado al monarca a ofrecer el gobierno de Bulgaria a un grupo político en vez de a otro, según el momento.

Más que cualquier otra cuestión interna, la política exterior ha trazado una línea divisoria entre los partidos políticos. En política interior todo sigue siendo vago e inestable. En política exterior, en cambio, cada partido ha creado sus propias tradiciones, aunque no estén muy arraigadas. Los tzankovistas tienen una tradición rusófila, los estambulovistas son antirrusos, el partido popular es pacifista y oportunista (turcófilo), los demócratas tienen una postura abiertamente provocadora, etcétera. Cuando el desequilibrio en una dirección se hizo excesivo y amenazó la independencia del estado búlgaro, surgió la necesidad de llevar al poder a otro grupo con tradiciones y conexiones útiles para abrir un nuevo camino, a menudo opuesto al anterior. En cuanto al príncipe Fernando, puso mucho cuidado en que no se quemaran los puentes que conducían a ambos lados. Mantuvo el contacto con Rusia cuando los antirrusos estaban en el poder, y consolidó sus vínculos con Viena cuando el gobierno estaba en manos del partido rusófilo.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: [Trotsky inédito en internet y en castellano](#)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ En 1909. N. E.

² Stambulov Stephane. Nacido en 1854 en Tărnovo. Eminent político búlgaro. Participó en la revuelta de 1876 y en la guerra contra Turquía de 1877-1878. En 1884 fue elegido presidente de la asamblea (parlamento) búlgara y, tras la abdicación del príncipe Alejandro de Battenberg (8 de septiembre de 1886),

fue nombrado regente junto con Karavelov y Mutkurov. Desde entonces y hasta 1894, gobernó Bulgaria con mano de hierro. Las elecciones generales a la asamblea, celebradas en 1886 bajo el implacable control de Stambulov, le dieron una mayoría estable en el parlamento. De los 552 diputados elegidos, 470 eran estambulovistas. Apoyándose en el parlamento, Stambulov llevó a cabo una política de dura oposición a Rusia y rechazó firmemente la candidatura al trono del príncipe Mingrel'skij, que Rusia apoyaba. Por iniciativa de Stambulov, Fernando de Coburgo, entonces oficial del ejército austriaco, fue elegido príncipe de Bulgaria. Sin embargo, inmediatamente después de su coronación, Fernando, deseoso de restablecer buenas relaciones con Rusia, urdió un complicado complot contra Stambulov y organizó una serie de atentados contra su vida. Hacia 1894, las relaciones entre ambos se agriaron. Cuando, en protesta por la insubordinación del ministro de defensa Petrov, Stambulov presentó su dimisión, Fernando la aceptó (30 de mayo de 1894). Stambulov intentó continuar su lucha a través de la prensa, pero, el 15 de julio del mismo año, fue asesinado por sicarios. Los estambulovistas, como partido (nacional-liberal), volvieron al poder en 1902 y dirigieron tres gobiernos consecutivos (Petrov, Petkov y Gudev). El principal movimiento estambulovista durante este periodo trató de obtener reformas en Macedonia a través de la mediación de las grandes potencias. En las elecciones de junio de 1908, los estambulovistas fueron derrotados: no obtuvieron escaños en el parlamento. Fueron sustituidos en el poder por los demócratas liderados por Malinov.

³ El partido popular (o nacional). Procedente del partido “estoilovista”, fue fundado por el famoso político Stoilov (que llegó al poder tras la caída de Stambulov en 1894). I. Gešov, que se convirtió en el líder de los nacionalistas, se adhirió a las directrices del gobierno zarista ruso. En cuanto a la política interior, los nacionalistas eran prácticamente indistinguibles de los demás partidos burgueses. El partido liberal-progresista. Fue fundado por Dragan Tzankov y se llamaba partido tzankovista. Los tzankovistas eran enemigos implacables de los estambulovistas y partidarios de la sumisión total de Bulgaria a la influencia rusa. Los tzankovistas eran totalmente solidarios con la política interior y exterior de la Rusia zarista, lo que provocaba un profundo desprecio entre los búlgaros. Antes de la guerra de los Balcanes, el partido tzankovista estaba dirigido por Danaev.

⁴ Se refiere al artículo sin firma “¿Qué será de la Turquía europea?”, publicado el 21 de abril de 1853 en el *Ne-York Daily Tribune*, que Trotsky creyó que era de Marx. En realidad, según el *Marx-Engel Gesamtausgabe* 1/12, S. 94, fue escrito por Engels. N. E. [Federico Engels, “¿Qué va a ser de la Turquía europea?”, página 3 del formato pdf en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#). EIS].